

ce Mukarovsky, con la norma estética, hecho igualmente histórico, que debe estudiarse siempre en relación con el funcionamiento de las estructuras sociales en cuyo seno se origina como cristalización de la conciencia colectiva. Por otro lado, el destino de la norma estética consiste en ser violada. Y es de la tensión entre la norma pasada y su violación, que pasará a formar parte de una norma futura, de donde surge precisamente el elemento creador del verdadero arte.

Existe, no obstante, un tercer elemento analizado por el autor, el valor estético, que determina lo que Mukarovsky tiene por objetivo fundamental del arte: regir y renovar la relación entre el hombre y la realidad en tanto que objeto del comportamiento humano. Considerada, en efecto, la obra artística como un conjunto real de valores extraestéticos (sociales, psicológicos, morales, etcétera), el valor estético es el que les da coherencia: el que arranca a los distintos valores particulares de su contacto directo con los correspondientes valores vitales y los integra en una unidad dinámica superior y autónoma —la obra de arte— que posibilita esa nueva relación, a que se aludia antes, entre el hombre y el mundo.

El valor estético, potencial y variable, insufla vida a lo que no es en principio sino un mero artefacto material y lo convierte en "objeto artístico", es decir, en un vehículo portador de significación y comunicación estéticas, en un signo. La obra de arte considerada como signo es el pivote en torno al cual gira la estética de Jan Mukarovsky. ■ JOAQUIN RABAGO.

Proyectando el futuro

En la actualidad, cuando la capacidad técnica de la Humanidad ha cobrado un valor inesperado, los sueños y las utopías se convierten en un archivo de proyectos para su consideración futura y su realización.

La utopía se puede considerar de una doble manera. Puede ser un modo de evadir la realidad, de no buscar las soluciones en el propio contexto de la realidad socio-histórica para justificarse mediante una construcción intelectual. En este sentido, la utopía tiene una carga negativa, pues pone las esperanzas en algo sin relación con la vigencia de los hechos, y en cierto modo evita o desvía los



Alexander Mitscherlich.

esfuerzos para la transformación de la sociedad.

Pero la utopía también puede ser concebida como el instrumento que nos mueve a alcanzar algo diferente de lo imperante, cuyas características nos disgustan. Es, por tanto, una meta a conseguir y alcanzar. Es también un revulsivo del orden tradicional y una manera de impulsar la evolución: "Hagamos la utopía", era uno de los "slogans" más frecuentes y más famosos de los revoltosos de mayo del 68.

En realidad, ambas teorías pueden ser igualmente ciertas como inexactas. Todo depende de las circunstancias del proyecto histórico, sus autores, o del momento histórico. También puede ser que contenga dosis de una y otra. De cualquier forma, y sin que con ello me quiera adscribir de un modo rígido a una de ellas, resulta evidente que la época actual, dominada por los constantes cambios, la proyección hacia el futuro, y gran bagaje de conocimientos técnicos, son elementos que actúan para hacer factible la realización de modelos originales, modelos que en otro momento podrían ser calificados de utopías. Por otro lado, cuando la cruel realidad impone transformarse o el holocausto, aquí (como ha sucedido en la evolución de la sociedad) la necesidad y el instinto de conservación son quienes mandan, y por tanto exigen nuevas formas superadoras de una situación cuya inviabilidad demuestran los hechos. Formas que el hombre, los hombres, la Humanidad, es capaz de lograr.

A algunas gentes lo apremiante de su situación les impide llegar a hacerse planteamientos de futuro. Su problema más inmediato es el presente, y si éste no ofrece posibilidades

de solución o cambio, se acepta el ideario revolucionario principalmente en la fase negativa o destructiva de que habla Lenin. Para una buena parte de la Humanidad son tan pavorosas sus condiciones de vida y trabajo, cercanas al dolor y a la muerte, que la tragedia de la guerra revolucionaria queda minimizada. Lo ignorado puede ser malo, pero instintivamente estiman que no puede ser peor que su doliente realidad.

Sin embargo, es cualitativa y cuantitativamente diferente la situación de las islas de la opulencia, en las que sí existen la satisfacción material y tranquilidad psicológica de pensar en la construcción de nuevos modelos, o utopías realizables, o razonables, como designa Ramón Tamames el proyecto de una búsqueda de una nueva sociedad esbozada por René Dumont. Utopías, porque en cierto modo no se parecen nada a lo que encontramos en nuestro contorno, y realizables porque por difíciles o prodigiosas que puedan parecer, se cuenta con elementos técnicos y humanos para llevarlas a cabo. La televisión, la aviación, o la vigente civilización urbana, o el mismo nivel de consumo de la sociedad industrial, era una pura utopía hace unos dos siglos.

Esta perspectiva es enfocada desde ángulos diferentes por dos autores bien diversos. Dos personas pertenecientes a campos profesionales distintos: historiador uno, y preocupado por la sociedad tradicional, y el otro, psitoterapeuta renombrado e interesado por los problemas de la industrialización y el urbanismo. Ambos —Gilberto Freyre y Alexander Mitscherlich— parten de presupuestos ideológicos que, si no son contradictorios, sí son diferentes. También las dos producciones a las que me refiero (1) poseen características de estructura no comparables. "Más allá de lo moderno", el libro de Freyre, es un trabajo con carácter unitario, mientras que "Tesis sobre la ciudad del futuro", el de Mitscherlich, es un conjunto desigual de artículos y conferencias agrupados comercialmente bajo ese título. Sin embargo, en los dos subyace la misma inquietud: los problemas de nuestro tiempo, y el mismo deseo de una sociedad futura superadora de los inconvenientes de la presente, ¡que ya es decir!

Esta coincidencia en personas y obras tan diferentes es indicativa de que se está formando un estado de conciencia

(1) Alexander Mitscherlich: "Tesis sobre la ciudad del futuro". Alianza Universitaria. Madrid, 1977. 126 páginas. Gilberto Freyre: "Más allá de lo moderno". Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1977. 346 páginas.

a nivel planetario con esa inquietud y esos mismos deseos. ¿Es quizá fruto de una necesidad que se perfila cada vez como más apremiante, y de la que participa una buena parte de la sociedad? ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Curas secularizados

Con pocos días de diferencia han salido a la luz dos libros sobre este mismo tema (1).

Los dos son complementarios y dignos de leer, porque aportan el primer testimonio claro de los problemas que tienen en España los sacerdotes que se secularizaron; y están escritos fundamentalmente por ellos mismos.

En la obra de Angel de Castro y Margarita Serrano se aportan primero los testimonios personales, unos con nombre y apellido, y otros con iniciales nada más. Hay todavía —según se aprecia por este detalle último— el temor a presentar desnudamente —resulta un pudor explicable— este problema íntimo que la gente desconoce demasiado.

Los casos son muy distintos: hay quienes se desaniman ante el inmovilismo y rutina de su Iglesia; hay a quien se le descubre un mundo nuevo (marxismo, relación afectiva, maduración psicológica) que cuestiona la actual situación del sacerdote católico en la Iglesia de España; y así no se encuentran en condiciones de seguir colaborando con el "status" eclesiástico del país.

Hay interesantes confesiones, como la de Santiago Sánchez Torrado, que dice textualmente: "Si la Iglesia hubiera permitido el matrimonio a los sacerdotes, seguiría siendo sacerdote con toda convicción e ilusión como hasta ahora".

Es ésta también la línea que siguen algunos obispos católicos respecto a sus sacerdotes en crisis, y que Roma se niega por ahora a aceptar. Pero yo creo que en breve no tendrá el Vaticano más remedio que dar su visto bueno. La situación resulta especialmente aguda en América Latina donde algunos sacerdotes que siguen ejerciendo el sacerdocio se han casado civilmente, y su obispo ha aceptado esta situación, que es ilegal eclesiásticamente, pero que es bien vista por los propios feligreses, ya que les parece en tales países la solución provisio-

(1) A. de Castro y M. Serrano, "La gran desbandada". Editorial Edicuss, 1977. grupo EKIPU. "Los curas casados se confiesan". Editorial Sedmay, 1977.